hubiera sido cualquiera otra. Magdalena estaba enamorada, y en vano hubiera querido ocultarlo. Y Magdalena pronunció, no una frase que prometia la ventura para lejanos dias, sino una expresion tierna y cariñosa, dulce, acompañada de la mirada mas encantadora del mundo, que por sí sola hubiera bastado para enloquecer de contento al hombre menos apasionado. Y es que la mujer posee un encanto tal en ciertas circunstancias de la vida; sabe revestir sus frases mas breves de un poder tan supremo, de una expresion tan grata; hay en sus palabras tanta dulzura, tanto amor, que el corazon del hombre se siente débil ante ese torrente que todo lo avasalla, ante ese incendio que todo lo devora.

El amor! sentimiento purísimo que nace bajo la influencia de una mirada, y llega á dominarnos tanto, que no comprendemos la vida sin la union íntima con el alma del sér que lo ha despertado en nuestro corazon. El amor! pasion que lo hermosea y encanta todo, y sin la cual el mundo seria un horrible destierro.

¿Qué felicidad podria ser comparada á la que gozaba Luis en aquellos instantes?

VI

FLOR DE UN DIA.

Tan fácil es á una hermosa ser la llave de oro con que se abre la puerta del cielo de la felicidad, como el rayo del sol que marchita para siempre la flor de nuestros amores. El corazon de la mujer, misterioso logogrifo que en vano han querido los hombres de todos los tiempos descifrar, es la caja de Pandora de donde brotan todos los males. Las sirenas de la fábula, atrayendo con sus voces melodiosas á los navegantes para dejarlos morir

en su isla y formar con sus huesos la blanca alfombra de Cirenusa, no son sino las mujeres de todo el mundo, cautivando con una mirada ó con una sonrisa, y haciendo mofa luego de la pasion que han inspirado. Las mujeres.....

—Pero, Luis, si no te interrumpo, creo que acumularias aquí un millon de pensamientos contra la mitad mas bella del género humano. La mujer es ciertamente mujer, y no ángel como han dado en llamarla los soñadores y los poetas; pero la mujer, amigo mio, es la obra mas hechicera de las manos del Criador. Esto lo ha dicho no sé quién; pero aun cuando antes no lo hubiese dicho nadie, lo diria yo, y conmigo todo el mundo.

—Sí, es bella, como es bella la serpiente en cuya piel descubrimos todos los brillantes colores del íris. Pero ¡ay de tí, si seducido por esa fatal apariencia, olvidas que destila un veneno mortal!.....

—Calla. A leguas se conoce que has recibido últimamente las calabazas mas solemnes que en este pícaro mundo pudiera merecer un mortal afortunado. Pero créeme; las calabazas, por mas amargas que parezcan, son la fruta mas deliciosa de la tierra; como que solo probándolas se libra uno de contraer ese pesado yugo que lla-

man matrimonio, y que solo los pollos, que comienzan á saborear la dulzura de una caricia en sus labios, ansían contraer. Bobería insigne! Te juro por mi experiencia, que á estas horas eres el sér mas dichoso del mundo. ¿Te han calabaceado? Magnífico! Ancho es el mundo, y mañana se te presentará una oportunidad propicia, y te vengarás, para demostrar que eres español, pues dicen que el que no se venga no lo es. Mas es preciso que me cuentes lo que te ha pasado. Refiéreme ese atroz desengaño que ha dado á tu semblante ese aspecto patibulario, y á tus labios tanta hiel contra las mujeres. ¿Sabes qué pienso al verte así? Que quisieras ser un Neron, para desear que todas las mujeres no tuviesen mas que una cabeza y pudieses tú cortarla. Yo, por el contrario, desearia que todas las mujeres se refundiesen en una sola, para que esta fuese mia, y viera yo morir de envidia á nuestros cofrades del sexo feo.

—¿Sabes que tu charla y tu buen humor me están cargando ya?

—¿Sabes que, ó nos disgustamos hoy, ó te hago prescindir de tus ridículos pensamientos?

Hubo un momento de vacilacion.

Los dos amigos que así hablaban, cuyas fisonomías se prestaban á un estudio profundo, se

contemplaron un breve rato, y al fin exclamó el mas jóven:

—Arturo! no sabes lo que sufro.

—Cuéntame, Luis, cuéntame, porque *males comunicados*.....

—Bien: te contaré esa historia, pero con una condicion.

—Aceptada.

—Dime, de ¿dónde has sacado ese carácter ligero, esa especie de despreocupacion filosófica que hoy contrasta con la melancolía de mi espíritu? Tú y yo pensábamos antes de una manera tan conforme, sentiamos.....

—¿Quieres que te diga cómo se operó en mí esa reaccion? Escúchame. El amor, Luis, decide el porvenir, forma el carácter, é imprime en nosotros un sello de que en vano queremos despojarnos. Hay una época en la vida del hombre, que llega mas ó menos tarde, segun la naturaleza del individuo, en que el amor es la causa de todo, del bien ó del mal. X*** era un muchacho magnífico, dice la sociedad, pero de la noche á la mañana se ha perdido; nadie le conoce: por el contrario, R*** era un desheredado, un hombre sin porvenir, sin nada, hoy ocupa una posicion brillante. ¿Por qué estas contradicciones? X*** amó y fué burlado, y al

vengarse de la mujer se hirió á sí mismo y se perdió. R*** amó y fué comprendido, y un ángel le sacó del abatimiento en que yacía. Esto sucede á cada paso. La sociedad finge ignorarlo, para que no le echen en cara sus culpas ó aberraciones. El amor, pues, me ha trasformado. Yo amaba á una mujer encantadora; más aún, le rendia un culto idolátrico, aquí en mi corazon. De esta mujer enamoróse un amigo mio. Al principio me comunicó éste sus pensamientos; luego tuvo á bien guardar la mas completa reserva, sin que profiriese yo la menor queja. Amaba, es verdad, con delirio á esa mujer; pero antes de amarla le habia ofrecido una amistad franca, sincera y leal; debia yo, pues, prescindir de aquel amor. Prescindí, en efecto, y como no quiero aparecer generoso cuando no lo he sido, te diré que no fué grande el esfuerzo que tuve que hacer para conseguirlo. Hay una cosa que estiman algunos, por desgracia no todos, más que los mayores tesoros del mundo: la dignidad. La idea de que una mujer pueda dudar al escuchar nuestras palabras, si la amamos á ella ó á su dinero, me avergüenza. Yo no concibo cómo haya hombres que, llevados por el mezquino deseo de ser grandes ante la sociedad, se empequeñezcan tanto ante los ojos

de las personas dignas. El hombre que solo busca una fortuna en un enlace, me parece un miserable. Vivir de las rentas de una mujer á quien no se ha amado, á quien por conveniencia se ha pretendido..... hé aquí lo mas degradante que puede haber para un hombre. Yo, aunque como sabes, no soy un capitalista, tengo cuando menos lo necesario para que no se me confunda con esa turba de buscadores de oro y de posicion á la sombra de una falda. Prescindí, pues, de aquella mujer, no solo porque era rica, sino porque la amaba un amigo mio; y porque tiene, segun pude averiguar, un carácter altivo, fruto de la educacion que le han dado. Me dirás que por qué no hice saber todo eso á mi amigo? no me culpes: los enamorados todo oyen, todo hacen, menos lo que es racional, menos lo que les conviene. Si algo hubiera yo pretendido, hubiera sido en vano. Dejéle, pues, al tiempo la mision de desengañarlo, y á fé que ha sucedido esto mas pronto de lo que yo me esperaba; tus palabras me lo indican.

—Cómo! exclamó sorprendido Luis, cuyo semblante se habia alterado mas de una vez durante el relato de Arturo; ¿tú amabas á Magdalena? ¿Es ella la mujer á quien te has referido?

—Y tú el amigo. Pero déjame concluir para

que yo sepa tu historia, repuso con aplomo.

Cuando el alma hace un esfuerzo supremo como el que se necesita hacer para prescindir del ser que ha cautivado nuestro corazon; cuando experimenta uno conmocion tan violenta, Luis, parece que se nace á una nueva vida, que otro mundo es el que cruzamos. El amor de mi corazon á Magdalena fué un sueño, y al despertar de él me hallé convertido en otro hombre. Acabóse para mí eso que llaman *romanticismo*, y espero que seré en adelante uno de tantos que saben aprovechar las ocasiones que se presentan, pero que no derraman una lágrima, ni exhalan un suspiro porque malogran una aventura. Pero estoy en ascuas por oirte; habla.

—Yo, Arturo, abrigo, como no ignoras, las mismas ideas que tú con respecto á los hombres que pretenden á una mujer por solo su dinero. Harto sufrí y vacilé antes de entregarme con todos mis sentidos al amor de Magdalena; pero una fuerza invencible, algo mas poderoso que los gritos de mi orgullo, de mi dignidad misma que podia ser ultrajada, me impelia hácia ella. Por otra parte, saben las mujeres fingir con tanta perfeccion en la mirada lo que en el corazon no sienten; son tan seductoras, en el verdadero sentido de esta palabra, que llegué á imaginar

que en cada rayo de sus pupilas habia para mi amor una esperanza, y que cada sonrisa de sus labios me prometia un cielo. Llegué hasta ella, y un paraiso de amor abrióse ante mis ojos. ¡Qué hermosa estaba aquella noche! ¡Cómo halagó mi vanidad verme preferido por la mas encantadora de las que llenaban el salon! Arturo! si puede haber algo mas dulce que el *sí* de la mujer amada, lo será seguramente el beso de la muerte cuando esa mujer ha amargado para siempre las horas de nuestra vida. Yo llegué á ella, le hablé de mi amor, y fuí correspondido. ¿Podia acaso en el delirio de mi amor, imaginar que aquella sirena hacia mofa de la pasion mas pura? Imposible! Aquella noche..... pero ¿á qué cansarte con esa historia? Concluiré. Cuando mi alma se ahogaba en aquel océano de felicidad, cuando todo aparecia rosado ante mi vista, recibí esta carta, pasados solo dos dias de aquel en que fuí tan feliz.

Arturo leyó lo siguiente:—« Caballero: Ruego á vd. olvide las palabras que de mis labios escuchó antenoche en el baile. Yo misma no he sabido darme cuenta de mi conducta. Yo no amo á vd. ni puedo amarle; nuestra posicion nos separa.—*M.*»

—Decididamente, Magdalena es una coque-

ta, exclamó Arturo luego que hubo terminado la lectura de la carta.

No interesa en manera alguna á los lectores saber cómo concluyó aquella conversacion; pero para justificar un tanto á nuestra heroina, tenemos que hacer ciertas explicaciones.

En la mañana que siguió á aquella noche en que tuvieron lugar los sucesos que llevamos referidos, presentóse muy temprano el padre de Magdalena en la habitacion de esta.

La conferencia fué harto desagradable para ser referida: no habló allí el corazon ni la inteligencia; el interes y solo el interes. El resultado ya lo saben los lectores.

¿Deberemos culpar á una débil mujer porque cede á las insinuaciones de un padre que con el ruido del oro quiere apagar los latidos del corazon? Estos son los amargos frutos de la educacion de la sociedad actual. Todavía tendremos ocasion de deplorar peores consecuencias.